



Boletín Radar Febrero 2011-2

Editorial

Ana Eugenia Viganó

Estimados lectores:

Dentro de las actividades preparadas para este año tendremos próximamente la visita de **Luis Darío Salamone**, colega de la EOL quien vendrá a la Ciudad de México a compartir sus reflexiones y su experiencia a través de las actividades previstas en torno de los temas ***Toxicomanía y adicciones, la función del psicoanalista y El silencio de las drogas***. La calidad del invitado así como la importancia de la temática, su actualidad y el constante desafío a que nos convoca en nuestra práctica hacen de la propuesta un evento al que los invitamos con gran entusiasmo.

Por otra parte, en el Encuentro de Biblioteca, acompañados por su libro recientemente publicado **El amor es vacío**, trabajaremos desde otra perspectiva sobre un tema crucial para la clínica y para la vida: el amor.

En nuestra página Web encontrarán toda la información referida a estas actividades www.nel-mexico.org

Para ir conociendo a nuestro invitado como nos gusta hacerlo en este espacio - a través de su pluma -, presentamos el texto ***El horizonte autista y mortífero del goce*** de **Luis Darío Salamone**. Si en líneas generales hay un acuerdo en que los impases del discurso capitalista con su puesta en juego del plus de gozar subsumen al sujeto en un goce autista y obturan otro tratamiento de la sexualidad y la muerte, la propuesta de Salamone, siguiendo a E. Laurent, realiza una crítica a poner en un cierto origen causal al hedonismo antiguo para dar cuenta del estado actual de la civilización como un hedonismo de masas. El recorrido del texto lo lleva a abordar la posición cínica como aquella que mejor daría cuenta tanto del toxicómano como la

del perfecto consumidor, que se pretende desasido de los lazos. Ante esta posición el psicoanálisis, vía la puesta a punto de la transferencia, puede permitir darle otra orientación a esa relación obturada con el Otro.

En segundo lugar, siguiendo con los trabajos en preparación al **V ENAPOL** acercamos a ustedes la colaboración de **Francisco Hugo Freda** quien hace una interesante interpretación a partir de los términos de la convocatoria ***La salud para todos, no sin, la locura de cada uno (a la luz del psicoanálisis)***



Finalmente, haciéndonos eco de las repercusiones que tuvo la mesa Psicoanálisis y criminología con Juan Pablo Mollo, el interés suscitado por el tema y las preguntas que nos fueron llegando por distintos medios, presentamos un texto de **Irene Greiser** *¿Qué es lo que el psicoanálisis puede aportar a la criminología?* En la misma línea que se planteó en la mesa, el recorrido del texto nos invita a pensar las aportaciones posibles del psicoanálisis al campo del derecho en general – y de la criminología en particular- a través de las nociones de asentimiento subjetivo a la ley y responsabilidad. Asimismo, aborda la cuestión de una intervención que, regida por el deseo del analista -aún por fuera del dispositivo analítico- permita confrontar a un sujeto con sus dichos, sus actos y el goce en juego en ellos.

Auguramos como siempre una provechosa experiencia de lectura.

Ana Viganó

Moderador **Radar**

El horizonte autista y mortífero del goce

Luis Darío Salamone

"Quien se prepara de la mejor manera para no depender de las cosas externas, éste procura familiarizarse con todo lo posible: y que las cosas imposibles no sean al menos extrañas. Respecto a todo aquello con lo que no es capaz siquiera de eso, lo deja al margen y marca los límites de todo lo que resulta útil para su actuación."

Epicuro [1]

1- Las relaciones del sujeto con su goce

En las Apuestas del Congreso de 2008 Eric Laurent[2] se ha referido al estado actual de la civilización planteándolo como un individualismo o hedonismo conformista de masa. Afirma que un psicoanalista no puede admitir la cuestión de un hedonismo contemporáneo, ya que hedonismo implica una medida de la relación del sujeto con su goce.

El hedonismo considera al hedoné, al placer, como el bien supremo. Suelen vincularse en esta doctrina pensadores diversos. Se supone que el primer hedonista fue, a principios del siglo IV a.C., Eudoxo de Cnido, otros señalan a Aristipo de Cirene como el padre del hedonismo. Pero ha quedado en la historia ligado a la figura de Epicuro de Samos, nacido en el año 342 a.C. En su libro *Del fin* escribe "Yo ciertamente no tengo cosa alguna por buena, excepto la suavidad de los licores, los deleites de Venus, la dulzuras que percibe el oído y las bellezas que goza la vista" [3]. Su discípulo Timócrates, luego de haber dejado su escuela escapando, según sus propias palabras, de aquella filosofía nocturna y secreto conventículo, afirma en su obra *De la alegría* que Epicuro vomitaba dos veces al día por los excesos del lujo y la molición.

Más allá de las críticas a su figura y filosofía el placer propuesto por Epicuro tenía cierta moderación, podía guardar relación con el momento vivido en el presente, en el pasado o el esperado; pero en su punto culminante tendría un signo negativo, este sería la ataraxia. Por eso resultaba de importancia identificar el límite que le permitía al sujeto sentir placer, límite que podría variar en forma continua. No empujaba, como sostienen algunos, a la búsqueda de una estimulación transitoria, sino de una saciedad perdurable. Un punto a considerar es que para Epicuro el placer implica la ausencia del dolor así como de cualquier aflicción que el sujeto pudiera llegar a tener: aburrimiento, hambre, tensión sexual, etc.

Si bien lo que propone esta doctrina es encontrarse con la satisfacción, esta no se busca como un fin en sí mismo sin considerar los medios, lo cual es más bien la empresa que puede comprometer a un sujeto en su relación con las drogas.

2- El tetraphármakos, remedio hedonista

Se supone que Epicuro escribió cerca de trescientos volúmenes, lamentablemente no ha llegado a nuestros días una obra que podría habernos ilustrado con respecto a su doctrina llamada "Sobre opción y abstinencia", en la cual se refería a la forma de escoger sabiamente los placeres. Nos han llegado, en cambio, tres cartas dirigidas a sus amigos, recogidas por Diógenes Laercio y algunos fragmentos. En estos trabajos o comentarios que han llegado de otros autores que se refieren a él, queda establecido que Epicuro sostenía que nunca hay que arriesgar la salud, las amistades, las finanzas o la condición legal tras un placer innecesario; en la medida en que no resulta esperable que el placer se mezcle con un futuro sufrimiento. El placer es reivindicado como el fundamento de la felicidad. No deja de tomar en cuenta la necesidad de moderar los deseos, rechazar los temores irracionales y encontrarse con los placeres de la vida sencilla, que toma en cuenta los goces del conocimiento, la memoria y la amistad. En uno de los libros perdidos titulado Canon, que versaba sobre las reglas para discernir lo verdadero de lo falso, planteaba que las sensaciones necesitan criterios para organizarse.

Es precisamente frente al hecho de que el placer puede derivar en el dolor que la doctrina de Epicuro va moderándose. No propone el placer de los intemperantes sino el que se funda en la *ygeia*, la sanidad del cuerpo y sobre la *ataraxía*, la tranquilidad del espíritu. Se trata de un placer que toma en cuenta la *phronesis*, la prudencia. Se trata, en definitiva, de un placer calculado. Que no lleva a los dolores del cuerpo o a la turbación del alma. Cuando a los placeres les sigue una molestia mayor conviene soslayarlos. Nos dice: "Un recto conocimiento de estos deseos sabe, en efecto, supeditar toda elección o rechazo a la salud del cuerpo y a la serenidad del alma, porque esto es la culminación de la vida feliz." [4]

Epicuro sentía una suerte de rechazo por la ciudad opulenta, por la política de lujo y de consumo, ya que estas cuestiones animalizaban al ser humano y lo empujaban a la miseria y al dolor. El placer y el dolor son los hilos que atraviesan nuestra carne y nos dan la pauta de lo que nos resulta conveniente. Su búsqueda por momentos se tornaba modesta: "Siento gozo de mi cuerpo al alimentarme de pan y agua, y escupo sobre los placeres de la suntuosidad, no por ellos mismos, sino por las trampas que nos tienden." [5] Se trata de una vida placentera con gusto por la sensatez. La *eudaimonía*, la felicidad, no pasa por el campo del tener sino del ser.

Como toda filosofía helenista la de Epicuro tiene un significado práctico, es una filosofía de la vida, es una medicina para los males de la vida: el temor a los dioses, el temor a la muerte, el temor de que el bien sea difícil de procurar y el temor a los males inminentes. Alguien podría pensar en alguna droga como un remedio ante estos y otros temores, pero el antídoto que Epicuro propone sólo se vincula con los fármacos por una deriva significativa, se trata del *tetraphármakos*. "Siempre sea tu ayuda el *tetraphármakos*: que la divinidad no debe producirte ningún temor; que no es temible la muerte, que es fácil procurarse el bien, que es fácil soportar el mal" [6]

El hedonismo ha tenido muchos detractores y ecos en pensadores como Hobbes, Locke y Hume que lo tuvieron en cuenta en su filosofía, la teoría utilitaria del siglo XVIII y Bentham han sido señalados como sus continuadores. Pero muchos se refieren al hedonismo en un sentido más laxo.

Resulta interesante como varios libros que han aparecido últimamente, particularmente defendiendo el derecho a drogarse, toman el término como parte de su argumentación. Uno de los más interesantes es el de Stuart Walton: "Una historia cultural de la intoxicación", en su prólogo Fernando Savater plantea: "los que preferimos las tabernas y los estancos a las farmacias echamos de menos que la cuestión de las llamadas drogas rara vez se plantee en su auténtico terreno hedonista, es decir, el de la reivindicación humanísima del derecho a la embriaguez"[7].

Según Walton la era cristiana y su influencia en las instituciones culturales llevó a una represión del hedonismo. El papel del vino que, para los griegos, tenía una doble función: ser el sacramento del culto a Dionisio y servir de lubricante social que animaba los debates filosóficos del simposio, fue quedando en la historia. La borrachera dejó de tener ese costado digno para en el siglo XIX convertirse en una patología.

Walton aprovecha para mandarnos una recomendación a los psicoanalistas. Así como el psicoanálisis, escandalizando a la época, planteó la necesidad de reconocer las pulsiones sexuales en lugar de asfixiarlas, "podría sugerir provechosamente a muchos de sus clientes actuales que tuvieran el mismo valor para identificar el impulso que los mueve a drogarse..."[8]

Estimado Walton: 1- El psicoanalista trabaja con analizantes, clientes acaso tengan los dealers, 2- Generalmente el impulso que lo lleva al sujeto a intoxicarse es precisamente el rechazo de saber acerca de la sexualidad, de la dimensión de imposible que se juega entre los sexos.

Lo que quizás podríamos tomar de Epicuro para vincularlo con el campo de las toxicomanías es su crítica al imperio asfixiante que puede provocar la información en un sujeto, esto determina la capacidad para entender el mundo, marca la dirección de una ideología, sin embargo el sujeto se atascará en grumos ideológicos. Ese "atasco mental" es testimoniado frecuentemente apareciendo como una de las funciones de la droga que le permite al sujeto salirse de la dimensión torturante del pensamiento. Dejar de vivir, como lo plantea Fito Páez, atormentado de sentido.

Resulta pertinente la referencia al toxicólogo alemán Louis Lewin "todo el mundo tiene derecho a hacerse daño a sí mismo". El psicoanálisis no plantea una moral al respecto, pero en este punto se juega una patología de la ética, lo que el

psicoanálisis permite es hacerse responsable de su goce al sujeto que se decide a consultarlo. Ni la moral kantiana ni la sadiana son una solución pertinente para las encrucijadas que al sujeto lo llevan al aturdimiento.

Como lo planteó Eric Laurent ese goce más allá del principio del placer al cual podría empujar el llamado hedonismo moderno, primero considerado como un sueño, luego como una cantinela, "indica el horizonte de la pulsión de muerte", por eso la adicción es definida como "el horizonte autista y mortífero del goce".[9]

En el origen de la relación de un sujeto con las drogas encontramos los viejos representantes pulsionales: sexualidad y muerte. La pubertad, en la cual el sujeto se enfrenta con la sexualidad, acostumbra a ser una de las razones. El rechazo de la muerte que, paradójicamente, puede llevarlo al sujeto a matarse, suele ser otra. Muchas veces será otro contacto con la posibilidad de la muerte lo que determine sus razones de salida; pero escapando es como el sujeto se mete en la trampa.

Una de las máximas de Epicuro nos muestra una de esas típicas entradas al universo de las drogas, y sus consecuencias: "Tan grande es la ignorancia de los hombres, tan grande su locura que algunos que por temor de la muerte son empujados a la muerte."[10]

3- El yugo hedonista

Es una buena oportunidad para comentar el último libro de Zygmund Bauman que precisamente retoma la cuestión del hedonismo. Nos hemos referido a él en otras oportunidades. Recordemos brevemente sus desarrollos. Fue muy celebrada su metáfora para dar cuenta de la fase actual de la modernidad. La modernidad ha sido, desde un principio, un proceso de licuefacción. Los sólidos se han ido disolviendo. La modernidad fluida derrite "los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos y las acciones colectivas"[11]. Podemos decir que la modernidad ha ido resquebrajando los vínculos entre el sujeto y el Otro. Ya en su primer libro, poniendo a prueba su paradigma de lo líquido, plantea como la compulsión se ha convertido en una adicción. Buscar consejos, ejemplos, guías, puede ser una adicción. Al hacerlo, más se lo necesita y más desdichado se encuentra el sujeto. Bauman plantea que cualquier adicción resulta autodestructiva, ya que destruye la posibilidad de que el sujeto se encuentre satisfecho alguna vez. Quien busca una receta para vivir bien y los accesorios necesarios para hacerlo, se encuentra con que tienen fecha de vencimiento. El consumo lo mete al sujeto en una carrera en la cual la línea de llegada se desplaza más velozmente que él. Si bien sus consideraciones respecto al deseo no guardan una relación estrecha con la nuestra, ya que lo reduce a las cosas del querer, sus conclusiones resultan válidas: "Ahora al deseo le toca el turno de ser desechado"[12]. Llama anhelo a aquello que lo reemplaza. Para la sociedad posmoderna sus miembros son fundamentalmente consumidores, no productores.

En su obra posterior, "Amor líquido"[13] Bauman pondrá a prueba su paradigma de la liquidez para dar cuenta de los vínculos humanos actuales, partiendo de una novela de Robert Musil, a la cual se ha referido Miller. El actor central es precisamente el hombre sin vínculos. Hombres sueltos que deben conectarse, pero sin grandes perspectivas de duración. Vínculos lo suficientemente flojos para que resulten fáciles de desatar. No abundaremos en comentarios con respecto a este libro que ya hemos tratado en otra oportunidad, pero queda claro que al establecerse "relaciones de bolsillo", que se pueden sacar del mismo o volver a arrojarse allí, el que puede ser desechado ahora no es el deseo sino el sujeto mismo. La característica de nuestra época es la velocidad, como lo planteaba Ralph Emerson cuando se patina sobre hielo fino, lo que puede salvarnos es la velocidad. Podemos utilizar el término red en lugar de sociedad, lo que nos permite conectarnos tan rápidamente como desconectarnos del otro.

En "Vida líquida" Bauman dedica un capítulo a los "Consumidores en la sociedad moderna líquida". La existencia de la sociedad de consumo se basa en la promesa de satisfacer deseos, promesa que tiene valor en la medida en que los deseos permanecen insatisfechos. De la necesidad se pasa a la compulsión o a la adicción. Los objetos de consumo se promueven para ser luego devaluados. Lo que se devalúa es el sujeto. Un punto interesante es la promoción del goce autoerótico que Freud ha ligado a las adicciones, el consumo se liga a una actividad solitaria, aun cuando se realice en compaa.

Bauman aislar el "síndrome consumista" que consiste, por encima de todo, en una negación enfática, tanto del carácter virtuoso de la dilación, como de la corrección y conveniencia del aplazamiento de la satisfacción[14]. Este síndrome degradó la duración en beneficio de la fugacidad. La rapidez, el exceso y el desperdicio son los rasgos más destacados del síndrome consumista. El mercado es una suerte de Rey Midas que todo lo que toca convierte en artículo de consumo. Esta satisfacción instantánea que se promueve junto al exceso pone en primer plano la cuestión de las toxicomanías. El sujeto que consume drogas muchas veces se constituye en el "consumidor ideal" y, no tarda en convertirse en un objeto del consumo.

En su libro siguiente Bauman realizará un inventario de los más frecuentes temores de nuestra sociedad líquida. En lugar de controlar o eliminar los desastres, la sociedad es capaz de producir desastres humanos parecidos a los naturales. ¿Cómo se llama la obra? Adivinaron: "Miedo líquido"[15].

Cuando los libros de Bauman comenzaban a mostrar en acto lo que es un objeto de consumo, publica "Vida de consumo". Nuestra sociedad de consumidores "se caracteriza por refundar las relaciones interhumanas a imagen y semejanza de las relaciones que se establecen entre consumidores y objetos de consumo" [16]. En la sociedad de consumidores, afirma Bauman, nadie puede convertirse en sujeto, sin

antes convertirse en producto. La característica más importante de esta sociedad, "es su capacidad de transformar a los consumidores en productos consumibles."[17]

El consumidor es consumido. Incluso, como lo ha planteado Mauricio Tarrab, "la gran boca que debe preocuparnos no es la de los consumidores, la gran boca consumidora que hace de correlato con la caída del padre, es la gran boca del deseo materno, cuyas consecuencias son siempre estragantes"[18].

Bauman se pregunta por la felicidad en la moderna sociedad de consumidores. Recoge la opinión de Richard Layard que, en su libro sobre la felicidad, denomina al consumo "yugo hedonista". Este dista de ser una maquinaria que otorga un volumen de felicidad al día. Aunque a decir verdad habría que ver con qué criterio de felicidad nos manejamos, ya que el consumo puede alimentar la felicidad propia de la pulsión de muerte.

El discurso capitalista genera efectos que, lejos del hedonismo, pone en juego al plus de gozar. Al borrar la castración, el acceso al goce por parte del sujeto, se da de una forma tal que supone un encuentro con una satisfacción que lo empuja más allá del principio del placer. Lo sumerge en un goce autista, en una posición cínica. Lo introduce en el pantano mortífero de la pulsión de muerte donde el sujeto puede ser tragado. La dimensión autista del goce lo invita al sujeto a pisar la tierra en un pantano del cual le costará mucho salir sin que le den una mano, sin un palo del cual poder tirar para salir del lodo. Pero, mientras tanto, rechaza esa posibilidad, empantanado en su goce. La herramienta que el analista le ofrece pasa por cambiar su dimensión, entrando en el goce de la palabra.

4- El cinismo moderno

Desde su origen en el TyA hemos ligado a las toxicomanías a otra corriente filosófica que el hedonismo. Se trata del cinismo. Un filósofo que ha tenido tanta difusión como el sociólogo que comentamos en el punto anterior, Michel Onfray, ha escrito un libro que nos permite enriquecer nuestra perspectiva, se trata de "Cinismos". Su recorrido nos muestra la posición de Aristipo, que se preocupaba por gozar del presente y prefería los placeres del cuerpo a los del alma. Los cirenaicos proponían que el placer es un bien, aunque pueda llegar a provenir de las cosas más vergonzosas. Los euchistiyas "repudiaban el trabajo y pasaban la mayor parte del tiempo sin hacer nada. Cuando no sucumbían al dulce far niente, se dedicaban a bailar y consumir estupefacientes"[19]. No nos detendremos a comentar los postulados cínicos ni sus figuras emblemáticas, ya que han sido motivo de discusión frecuente en el TyA. Simplemente recordaremos que la posición cínica era una forma de repudiar al amo antiguo e implicaba un rechazo del Otro. Hace años nos hemos referido al cinismo como una posición subjetiva.

Hay que decir que los cínicos tenían una vertiente más que interesantes para los psicoanalistas, entre ellas el uso de equívocos en su enseñanza. Además nos

permite hablar de una consecuencia propia del final de análisis: el saldo cínico. Es sólo en el punto de rechazo del Otro que los tomamos para compararlos con el sujeto que consume sustancias tóxicas, en tanto permiten dar cuenta de un goce autista.

Diógenes de Sínope según algunas versiones se suicidó, según otras lo hizo de una manera mitigada, por negarse a utilizar el fuego, protestando contra Prometeo, símbolo de la civilización, comía alimentos sin cocinarlos, hasta que no pudo ser digerir un pulpo crudo.

Onfray incluye en su libro un apéndice donde presenta los cinismos vulgares que circulan en nuestros tiempos, dentro de ellos está el llamado "cinismo capitalista", analizado por Marx en "El capital" quien "puso en evidencia la rapacidad de los capitalistas, de los economistas y de los financistas que aceitan la maquinaria con vidas humanas, al precio de la salud psíquica y la integridad corporal"[20]. No estamos de acuerdo de ubicar a Baltasar Gracián en esta categoría como lo hace Onfray. Pero es verdad que esta modalidad de cinismo moderno no duda de hacer de la vida humana el combustible para obtener los beneficios buscados.

En "Confesiones de un opiómano inglés" observamos el testimonio de Thomas de Quincey que, según sus propios términos, pasa de los placeres a los tormentos del opio. Buscando un hedonismo tóxico culmina en una posición cínica. El encuentro con el opio lo sumerge en un "abismo de divino goce", parece haber encontrado "el secreto de la felicidad sobre el que los filósofos habían discutido durante siglo... la felicidad podía comprarse ahora por un penique y llevarse en el bolsillo del chaleco, éxtasis portátiles..."[21]. Pero comienza a buscar la soledad y el silencio; el goce cínico no tarda en irrumpir en su vida y convertirla en un tormento. "Si el tomar opio es un placer sensual, y si tengo que confesar que me he dejado dominar por el vicio hasta el exceso no registrado por ningún otro hombre, no es menos cierto que he luchado contra esa fascinadora esclavitud con fervor religioso"[22]. Debió luchar con una fúnebre melancolía totalmente incomunicable por palabras que lo sumieron en una desesperación suicida. Sabemos que Freud advirtió que el principio del placer parece estar al servicio de la pulsión de muerte y que esta realiza su trabajo en forma inadvertida[23].

Si bien hemos observado la posición cínica por parte de los sujetos más en vinculación al consumo de otras sustancias tóxicas que el alcohol, nos encontramos con un personaje que destila un cinismo digno de tenerse en cuenta. Se trata de Charles Bukowski. Un buen testimonio de ello es el título de un libro que contiene una entrevista que le realizara Fernanda Pivano: "Lo que más me gusta es rascarme los sobacos". Ya en el título mismo vemos que, ni se trata de un goce que pase por el Otro, ni de un goce que necesite recurrir al falo para ser obtenido. Allí plantea lo que piensa de los demás: "No me gusta la gente, no he cambiado de idea, son

heces vivientes"[24]. Este Diógenes moderno afirma "No me gustan las leyes, la moral, las religiones, las reglas. No me gusta dejarme moldear por la sociedad."[25]

La función del analista es una puerta de salida a ese cinismo contemporáneo, al ofrecer, con la puesta a punto de la transferencia, la posibilidad de que esa relación al Otro obturada, como forma de rechazo del inconsciente, encuentre otro cause.

1. Epicuro. Sobre la felicidad. Debate editorial. Barcelona, 2001.
 2. Laurent, Eric. Apuestas del congreso de 2008. Página de la AMP.
 3. Laercio, Diógenes. Vida de los más ilustres filósofos griegos (Vol. II). Orbis. Madrid, 1985. Pág. 178.
 4. Ídem. Referencia 1. Pág. 62.
 5. Ídem. Referencia anterior. Pág. 33.
 6. Papiro de Herculano, 1005. col. 4. Bogliolo, Luis. La filosofía Antigua. Difusión, Buenos Aires, 1953.
 7. Walton, Stuart. Una historia cultural de la intoxicación. Océano. México, 2001.
 8. Ídem. Referencia anterior. Pág. 28.
 9. Ídem. Referencia 2.
 10. Ídem. referencia 1. Pág. 74.
 11. Bauman, Zygmunt. Modernidad líquida. Fondo de Cultura económica. Argentina, 2003. Pág. 11.
 12. Ídem. Referencia anterior. Pág.81.
 13. Bauman, Zygmunt. Amor líquido. Fondo de Cultura económica. Argentina, 2005.
 14. Bauman, Zygmunt. Vida líquida. Paidós. Argentina, 2006. Pág. 109. Pág. 113.
 15. Bauman, Zygmunt. Miedo líquido. Paidós. Argentina, 2006.
 16. Bauman, Zygmunt. Vida de consumo. Fondo de Cultura económica. Argentina, 2007. Pág. 24.
 17. Ídem. Referencia anterior. Pág. 26.
 18. Tarrab, Mauricio. En las huellas del síntoma. Grama ediciones. Buenos Aires, 2005. Pág. 99.
 19. Onfray, Michel. Cinismos. Retrato de los filósofos llamados perros. Paidós. Buenos Aires, 2002. Pág. 26.
 20. Ídem. Referencia anterior. Pág. 215.
 21. De Quincey, Thomas. Confesiones de un opiómano inglés. Centro editor de América Latina. Buenos Aires, 1978. Pág. 42.
 22. Ídem. Nota anterior. Pág. 8.
 23. Freud, Sigmund. Más allá del principio del placer. Amorrortu editores. Buenos Aires, 1986.
 24. Bukowski, Charles. Lo que más me gusta es rascarme los sobacos. Editorial Anagrama. Barcelona, 1987. Pág. 22.
 25. Ídem. Referencia anterior. Pág. 29
- Disponible On line: <http://virtualia.eol.org.ar/017/default.asp?dossier/salamone.html>

La salud para todos no sin la locura de cada uno (a la luz del psicoanálisis)

Francisco Hugo Freda

El título, muy bien elegido, evidentemente, merece una interpretación.

Primer nivel de interpretación:

¿De qué se trata? De la tensión entre el « todo » y el « uno ». Es decir, de la tensión entre lo múltiple y lo uno. Dicha relación es muy antigua, ocupó una parte del pensamiento filosófico y fundamentalmente del religioso. Evidentemente, después de Descartes, la relación entre lo general y lo particular adquirió otra significación.

Sin embargo, el título no se detiene en una reflexión general sobre esos dos polos, sino que la circunscribe para indicarnos que dicha tensión debe ser estudiada o entendida a « la luz del psicoanálisis ».

¿Cómo trató el psicoanálisis la tensión entre « lo universal » y lo « particular » (el todo y el uno)? En primer lugar, dio lugar a conceptos que Freud llamó universales. Hay varios, pero retengamos tres: El complejo de Edipo y sus formas de articulación según los sexos; la sexualidad como causa de todo síntoma y el orden pulsional como constitutivo e irreductible en el ser humano.

Para el psicoanálisis, lo particular es la interpretación psicoanalítica. No hay « una teoría general de la interpretación ». El psicoanálisis no creó una hermenéutica, no produjo ningún estándar de la interpretación, sino que hace depender « el acto » psicoanalítico « del deseo del psicoanalista ».

Segunda interpretación: el término « salud » a la luz del psicoanálisis.

La salud no es un término propiamente psicoanalítico. Viene de la medicina y tuvo, en un momento dado de la Historia, una estrecha relación con la religión y el pensamiento filosófico.

Una idea de la salud, como armonía entre cuerpo y alma, está presente desde los griegos y encuentra actualmente miles de formas de manifestación.

El inicio del psicoanálisis está marcado por el tratamiento de síntomas físicos a partir de la palabra. Freud habla de la anatomía propia de la histeria y llega a afirmar que la mayor parte de los pacientes que se presentan al análisis padecen de problemas físicos ligados a la sexualidad (frigidez en las mujeres, impotencia y eyaculación precoz en los hombres). Definió al yo como una « superficie corporal » y ligó el orden pulsional a los orificios del cuerpo. Podríamos recorrer toda la teoría y

podríamos decir, desde una cierta óptica, que para Freud el psicoanálisis trata el cuerpo, inventa un cuerpo, porque lo definió a partir de una ecuación: lugar del goce y de la satisfacción sexual, donde la diferencia anatómica de los sexos, es decir, la castración, lo significa.

En efecto, la división cuerpo-mente fue destruida a partir de Freud, ya que a partir del psicoanálisis es el cuerpo y sus avatares lo que define al sujeto. El caso de Juanito lo demuestra.

La salud para Freud, desde esta óptica, es el funcionamiento del cuerpo sin el peso del síntoma. Fue Freud el que liberó al cuerpo de la significación religiosa, haciendo de él un lugar de inscripción y de las posiciones sexuales una elección subjetiva. El trabajo analítico somete al cuerpo al trabajo de la significación para que cada sujeto pueda encontrar a partir de ahí « su nombre ».

Lacan abundó en este estrecho pasaje que va del cuerpo al ser y retorno a partir del Seminario « Encore », que bien se puede leer « un – cuerpo » (un corp). El « un cuerpo » es una de las definiciones del ser.

Y para terminar, no nos olvidemos de la Historia: los regímenes totalitarios lo primero que hacen es regular el movimiento de los cuerpos en el espacio.

- Disponible On-line:
<http://www.ebp.org.br/enapol/09/es/template.asp?preparatorio/hacia16.htm>

¿Qué es lo que el psicoanálisis puede aportar a la criminología?

Irene Greiser

Lacan en 1950 ya había escrito acerca de las relaciones entre el psicoanálisis y criminología en un texto absolutamente precursor. Los vaticinios del Lacan de esa época hoy se ven plasmados en una desintegración de los lazos sociales a una escala realmente preocupante.

En los diarios de Argentina aparece la noticia de una niña de 2 años asesinada por dos niños de 6 y 7 años, en menos de un mes otra noticia espantosa, una niña de 12 años fue atropellada en una ruta, luego violada y quemada, todo ello llevado a cabo por un violador reincidente. ¿Qué pasa con el régimen de la ley en la civilización? ¿Qué ocurre con los vetos pulsionales en los sujetos?

Estos dos casos, como tantos otros de nuestro actual malvivir, nos llevan a un interés renovado por los primeros textos de Lacan. ¿Qué aportes puede hacer el psicoanálisis a la criminología?

Textos tales como "Introducción teórica de las funciones del psicoanálisis en criminología", "Los complejos familiares", "La ciencia y la verdad", son textos completamente actuales.

Veamos primero que es lo que Lacan plantea en el texto "Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología": "Toda sociedad, en fin, manifiesta la relación entre el crimen y la ley a través de castigos, cuya realización, sea cuales fueren sus modos, exige un asentimiento subjetivo. Aquí es donde el psicoanálisis puede, por las instancias que distingue en el individuo moderno, aclarar las vacilaciones de la noción de responsabilidad para nuestro tiempo y el advenimiento correlativo de una objetivación del crimen, a la que puede colaborar".

El texto es una colaboración del psicoanálisis a la criminología. El lazo social se afirma si se conserva el anudamiento del sujeto a la ley. Para la ley jurídica el castigo es el correlato de un crimen. Pero es en el asentimiento subjetivo a la ley que el psicoanálisis puede hacer su aporte a la criminología, a sabiendas que la ley que rige para el derecho no es la misma que la ley entendida desde el psicoanálisis. Para la ley jurídica el delito está tipificado y conlleva un castigo. Para el psicoanálisis se trata de la operatoria que en cada sujeto deja a un goce interdicto y eso mismo es constatable uno por uno, no rige allí la categoría universalizante del derecho.

Una serie de interrogantes se desprenden del texto. ¿Qué concepto de sociedad se articula en él? ¿Qué uso hace Lacan de las categorías analíticas freudianas como Edipo y superyo? ¿Cuál es su posición respecto a los peritos? ¿Qué utilidad

podemos extraer respecto de este texto hoy, en la época de la ideología de la evaluación?

Lo social está definido a partir de Tótem y tabú, y el pacto social deviene del crimen primordial como fundante de la ley.

Con la ley y el crimen se inicia el hombre, y si hay alguna posibilidad de referencia a la humanidad desde el psicoanálisis, ella se establece por el lazo de un sujeto con el límite que la ley de interdicción del goce le impone. Allí se separa el individuo del hombre, lo humano en Freud y Lacan está delimitado por ese lazo social que liga al sujeto al Otro, y es una humanidad del uno por uno, nunca La Humanidad. Las pretensiones universalizantes que pregona el humanismo con su proliferación de derechos de El Hombre, esa universalización, totalizante e igualitaria respecto al hombre no son los preceptos de Lacan.

El lazo social se asienta en la disimetría, no es igualitario sino, como refiere Miller el es dominal.

La simetría imaginaria del espejo y la igualdad no llevan al sujeto al lazo social sino a la destrucción del otro.

En ese sentido, el discurso jurídico y el analítico comparten la misma idea respecto de la disimetría que la ley introduce, el lugar del Otro que representa la ley es disimétrico respecto al sujeto.

El advenimiento de la modernidad y el crimen es lo que Lacan articula en este texto. Es a partir de ello que enmarca la responsabilidad que le cabe a ese sujeto particularizado de la sociedad moderna, en tanto es sobre el concepto de responsabilidad en donde Lacan fundamenta los aportes que el psicoanálisis puede hacer al campo del derecho, haciendo la salvedad que no es lo mismo la responsabilidad para el discurso jurídico que para el analítico. Para el discurso jurídico hay una continuidad entre culpa y responsabilidad pero para el psicoanálisis no, dado que un sujeto puede sentirse culpable de algo no cometido, como así también culparse toda la vida sin hacerse responsable.

A partir de asentarse en la responsabilidad del sujeto es que Lacan se manifiesta contrario a que el psicoanálisis utilice los elementos del Edipo freudiano como aporte a una psicopatología clasificatoria del criminal. Esa es la advertencia que nos deja a los psicoanalistas, no aportar las categorías psicopatológicas como perversión, psicopatías o psicosis. La contribución del psicoanálisis deberá ir más allá de las clasificaciones. Es una advertencia para no ser funcionarios como peritos pseudos científicos. También es reactio a que desde la ciencia se arme una teoría del criminal, apuntalada en la biología del modelo lambrosiano que teoriza al

criminal como un depravado de instintos arcaicos, un inhumano de instintos atávicos deducibles de su biología.

Hoy tenemos una versión del criminal más actualizada desde la neurociencia que buscan el gen del criminal. Así salió publicado en un diario argentino que se descubrió el gen egoísta de los dictadores...: "En concreto, el AVPR1 permite que una hormona actúe sobre células cerebrales creando sentimientos de solidaridad y comunicación. Se supone que los dictadores no habrían desarrollado ese gen, por lo que adoptaron conductas individualistas".[1]

Lacan, cuando se apoya en los desarrollos edípicos freudianos lo hace para realizar una lectura de la sociedad moderna y de la subjetividad que de ella se desprende. Se trata para él de los efectos patógenos producidos tanto por el declive de la autoridad del padre como por la forclusión del sujeto producida por la ciencia y al servicio del discurso capitalista, todo ello en una relación directa con el aumento de los crímenes.

El texto no se apoya en el Edipo freudiano para realizar una teoría del criminal sino que basado en los textos freudianos ofrece una lectura absolutamente actual del Otro social.

Es un texto sobre la responsabilidad, o también, si se quiere, sobre su contracara de la irresponsabilidad generalizada que se abre a partir de la sociedad moderna capitalista.

¿Psicoanálisis aplicado?

El estado actual de la civilización llevo a una extensión de los crímenes, pero junto con a ello a una extensión del psicoanálisis. La práctica del psicoanalista ya no se limita al dispositivo analítico en el ámbito de los consultorios privados sino también en otros dispositivos. El psicoanálisis entro en la escena pública. La incidencia del psicoanálisis en la subjetividad contemporánea conlleva un fuerte desafío al tener que dar respuestas a los síntomas sociales, pero conservando los principios éticos que rigen para el psicoanálisis.

Una primera cuestión. ¿Es lícito hablar de psicoanálisis aplicado a la criminología o deberíamos simplemente denominar a esa práctica de intervención analítica en dispositivos no analíticos? Y, en segundo lugar ¿cuáles serían los parámetros a tener en cuenta para afirmar que esa práctica es analítica?

Miller hablo de acción lacaniana, en tanto acción que fuera del dispositivo analítico se orienta por el discurso analítico, esa acción fuera del dispositivo no se dirige ni a la masa ni a la sociedad, sino a un sujeto extraído de la masa. Ese es el sujeto responsable del cual habla Lacan. El discurso analítico, se aplique donde se aplique, produce un sujeto, y el operador para ello no es otro que el deseo del

analista, que se hace presente tanto en el dispositivo analítico como en otros dispositivos. Por lo tanto, el deseo del analista es el que opera tanto en la acción lacaniana como en el acto analítico. Pero no es lo mismo la experiencia de un análisis que la intervención analítica en dispositivos que no son analíticos. El acto analítico presupone un lazo transferencial entre analista y analizante. No son estos los términos que se presentan cuando un analista interviene en una institución asistencial o en un dispositivo jurídico. En los dispositivos asistenciales o jurídicos puede haber un analista, pero él no está allí como sujeto supuesto saber puesto por el analizante sino que está puesto por la demanda de la institución, y esa demanda requiere ser interpretada. Que un analista este puesto por la institución no invalida la contingencia por la cual se ofrezca a la transferencia, pero cabe aclarar que en principio es puesto por la institución y la demanda viene de ella, no del sujeto. ¿De qué manera entonces el analista puede hacerse presente en las instituciones para que su intervención no quede diluida ni confundida con otros discursos?

Si nos hacemos eco de la reivindicación del sujeto, estaremos operando desde el discurso histérico, si intervenimos con un plan normativo, estamos interviniendo desde el discurso universitario, pero si confrontamos a un sujeto con el goce implícito en sus dichos y actos, estamos operando desde el discurso analítico; aunque esa intervención no sea efectuada en el dispositivo analítico será una intervención analítica. Los analistas son llamados a intervenir en sujetos agentes de síntomas sociales pero no va de suyo que intervenga en síntomas subjetivos. Si el analista puede con su intervención mutar ese síntoma social en síntoma subjetivo, su acción será lacaniana. El discurso analítico no produce un plan de regulación, ni un veredicto jurídico, ni reivindicaciones sobre víctimas y victimarios.

La intervención analítica en los peritajes y la mediación

Con el declive del discurso amo entramos en aquello que J.A. Miller y E. Laurent han calificado como la época del Otro que no existe.

Los peritajes y la mediación son dispositivos jurídicos que ponen de manifiesto el relevo del Uno de la ley. Ambos dispositivos responden a los dos paradigmas del mundo moderno señalados por J.C. Milner, a saber: el paradigma de la evaluación y el del problema –solución.

Milner hace una distinción entre la lógica que rige para los contratos y la lógica que rige para la ley. La ley se presenta como el significante del Otro y su relación con el sujeto es disimétrica, y los contratos se rigen por una serie que no tiene límite, como pueden ser los miles e ilimitados arreglos entre las partes. Ellos obedecen a la lógica del no-todo, en cambio la ley determina un conjunto cerrado en su totalidad. Para Milner el contrato es de un orden diferente del jurídico.

La mediación, como dispositivo que intenta la solución de un conflicto apelando a un acuerdo entre las partes, responde al paradigma del problema-solución. Pero para

el discurso analítico mediar es otra cosa, no implica un acuerdo entre las partes, no es una simetría ni una instancia alternativa a la ley sino todo lo contrario. Es por la mediación del discurso del padre que se introduce la ley, articulando un no en el discurso de la madre. Tomar la palabra en una mediación enunciando la reparación a la víctima no implica asunción de responsabilidad subjetiva.

Si para el dispositivo de la mediación se trata de la toma de la palabra por parte del sujeto, para los peritajes se trata de otra cuestión, no es la solución de un problema sino la evaluación del sujeto. Allí al sujeto no se le otorga la palabra sino que se lo introduce en la clasificación evaluadora. Entonces, oponiéndose al protocolo masificante o la clasificación psicopatológica es que se puede esperar un aporte del psicoanálisis en los dispositivos jurídicos, ir más allá de la toma libre de la palabra del sujeto en un caso, como de la clasificación en el otro, para el analista se tratará de recortar los significantes amos de un sujeto. El juez delega su acto en el perito y el perito desresponsabiliza al sujeto al forcluirlo por operar con un protocolo o limitarse a incluirlo en una categoría. De todas ellas, la categoría de inimputable es inadmisibles para un sujeto, como nos recuerda Lacan en este maravilloso párrafo: "Una civilización cuyos ideales sean cada vez más utilitarios, comprometida como está en el movimiento acelerado de la producción, ya no puede conocer nada de la significación expiatoria del castigo.... Los ideales del humanismo se resuelven en el utilitarismo del grupo... Ahora busca su solución en una posición científica del problema: a saber, en un análisis psiquiátrico del criminal, a lo cual se debe remitir, habida cuenta ya de todas las medidas de prevención contra el crimen y de protección contra su recidiva, lo que podríamos designar como una concepción sanitaria de la penología".

- Agradezco la nota que me envió Leonardo Gorostiza.
1. Lacan, J., "La ciencia y la verdad", en: Escritos 2, Siglo Veintiuno editores, Bs. As., 1978.
 2. Lacan, J., "Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología", en: Escritos 2, Siglo Veintiuno editores, Bs. As., 1978.
 3. Miller, J.-A., El Otro que no existe y sus comités de ética, Paidós, Bs. As, 2001.
 4. Miller, J.-A., "Psicoanálisis y sociedad", en Freudiana 43/44, Barcelona, marzo-octubre 2005.
 5. Miller, J.-A., "Un esfuerzo de poesía", Curso de la orientación lacaniana 2002. Inédito.
 6. Milner, J.-C., "La evaluación", en: Psicoanálisis y política, EOL-Grama ediciones Bs. As., 2005.
 7. Greiser, I., Delito y trasgresión: un abordaje psicoanalítico de la relación del sujeto con la ley, Grama ediciones, Bs. As., 2008.
 8. Disponible On-line: <http://virtualia.eol.org.ar/018/template.asp?dossier/greiser.html>